



El teólogo alemán, en su análisis de los textos del Concilio Vaticano II, nos ayuda a comprender algunos de los desafíos que asume la Iglesia en el plano intercultural e interreligioso.

## TODO, CASI TODO, ES TODAVÍA LETRA: A treinta años de la muerte de Karl Rahner

Carlos Schickendantz  
*Teólogo*

Su perspectiva alerta sobre algunos retrocesos observados en años recientes, aunque también detecta señas esperanzadoras en el modo como la institución eclesial asume la modernidad.

En marzo de 2014 se cumplen treinta años de la muerte de uno de los pensadores más relevantes de la Iglesia católica del siglo XX, un intelectual que tuvo un impacto internacional muy amplio, incluso en América Latina: Karl Rahner. En el año 2004 *Mensaje* ofreció un muy buen artículo sobre él escrito por el jesuita español Víctor Codina, quien había sido alumno suyo en la Universidad de Innsbruck en los años del Concilio. Dicho texto, que está disponible para nuestros suscriptores en la página *web* de esta revista, tiene la virtud de ofrecer un breve panorama sobre los distintos aspectos de la rica personalidad y amplia obra de este teólogo alemán<sup>1</sup>. Me detengo aquí y de manera muy limitada en un solo aspecto destacado de su biografía: su relación con el Concilio Vaticano II en dos momentos precisos, considerando su aporte personal antes del inicio de la asamblea conciliar y una importante evaluación realizada por él casi quince años después de su conclusión.

### “MIS PEORES EXPECTATIVAS HAN SIDO AMPLIAMENTE SUPERADAS”

En octubre de 1961, en plena etapa de preparación del Concilio, el cardenal arzobispo de Viena, Franz König, solicitó a Rahner que le prestara el servicio de asesoramiento al que, en principio, tenía derecho cada futuro padre conciliar. König formaba parte de la Comisión Central preparatoria del encuentro.

<sup>1</sup> Cf. V. Codina, “El misterio absoluto de Dios”, *Mensaje* nº 535 (2004), pp. 13-17.

## Rahner (1979): “El Vaticano II ha sido germinalmente la primera autorrealización oficial de la Iglesia en cuanto Iglesia mundial”.

Con tal motivo, entre los meses de enero y septiembre de 1962, Rahner recibió diversos materiales y elaboró siete informes, parte en latín, parte en alemán, sobre los más variados temas tratados en los esquemas preparados en Roma para la asamblea, que finalmente iniciaría sus sesiones en octubre de ese mismo año. En 2013 se han difundido por primera vez en forma completa dichos informes; ocupan unas 180 páginas en el volumen 21/1 de sus obras completas, en proceso de publicación en Alemania.

El último de los informes, con fecha 19 de septiembre de 1962, posee algunas peculiaridades. Por una parte, se trata del único que refiere a textos ya aprobados por Juan XXIII para ser tratados en el Concilio y enviados a todos los obispos del mundo, no eran esbozos provisionales sobre el resultado del trabajo de las diversas comisiones preparatorias, como en los casos anteriores. Por otra, el informe —de nueve páginas— no es solo la expresión de su opinión personal, sino también el fruto de varios encuentros, particularmente uno sostenido en Maguncia, a inicios de septiembre, con la participación de varios obispos y teólogos (entre ellos, los jesuitas Grillmeier y Semmelroth, de Frankfurt, y el joven profesor de Bonn, J. Ratzinger). Rahner reconoce allí que “gran parte” de las propuestas que envía son suyas, pero constata que, como no hubo “diferencia considerable en las opiniones” de los participantes, no parece necesario aclarar en cada caso quién es el autor de la crítica o de la sugerencia.

Los textos oficiales les produjeron a todos, incluidos los obispos de Munich y Maguncia, una “profunda desilusión”, puesto que eran “altamente insatisfactorios”. La lista de las críticas generales es

amplia: contienen difíciles discusiones de escuela, a los anatemas de concilios anteriores le sucede aquí una lista de condenas de errores, la Biblia es citada de paso solo para justificar argumentos ya decididos, no se presta atención al “hombre de hoy” ni a sus sentimientos ni a su visión del mundo, etc. “El conjunto da la impresión de una teología de escuela romana agotada y gris que no está en condiciones de advertir cuán poco intenta hablar de una manera que pueda ser comprensible para una persona actual”. En ese contexto Rahner cita una frase expresada en ese encuentro por el obispo auxiliar de Maguncia, J. M. Reu: “Mis peores expectativas han sido ampliamente superadas”<sup>2</sup>. Incluso el obispo de Munich, J. Döpfner, con el consentimiento de los demás, propone que “la solución ideal” sería dejar caer por completo uno de los esquemas propuestos más importantes, el que se refería al depósito de la fe (*Schema Constitutionis dogmaticae de deposito fidei pure custodiendo*).

No es posible entrar en detalles aquí, pero de la lectura de estos y otros materiales semejantes se deduce con certeza que varios influyentes obispos centroeuropeos —particularmente belgas, franceses y alemanes— llegaron al Concilio, en octubre de 1962, con una opinión bien formada y decidida: criticar radicalmente los esquemas oficiales preparados. Eso explica por qué, en solo pocas semanas, se creó una inesperada mayoría, cercana a los dos tercios de los padres conciliares, que con una importante votación el 20 de noviembre rechazaría por completo un esquema, dando lugar a un incierto panorama; clima característico de toda la primera sesión, entre octubre y diciembre de 1962. El Concilio había

comenzado con materiales de baja calidad y casi sin agenda precisa, aunque es verdad que sí era ya perceptible una vaga y crecientemente decisiva idea de la pastoralidad aportada por Juan XXIII. No obstante, en los primeros meses del Concilio, a los ojos de los participantes más informados, se configuraba un panorama incierto y desalentador. Hay que decirlo con claridad: el extenso tiempo de preparación al Vaticano II había fracasado en lo sustancial. ¿Qué expectativa positiva podía emerger a partir de este inicial proceso conciliar?

## ¿TERCERA ÉPOCA EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA?

La incorporación de las lenguas maternas “señala de una manera elocuente el devenir de una Iglesia mundial, cuyas iglesias particulares existen de modo autárquico en la propia área cultural; están inculturadas y no son más una exportación europea”.

En 1979 Rahner publicó uno de los textos más citados entre los teólogos y teólogas del posconcilio, también por autores latinoamericanos: “Interpretación teológica fundamental del Concilio Vaticano II”<sup>3</sup>. Reflexiona allí sobre nuestra época como un momento histórico peculiar en el curso de la historia bimilenaria del cristianismo. Alude a que en el Concilio, “bajo la apariencia de un desarrollo obvio y gradual, ha

tenido lugar algo así como un salto cualitativo”. En la multiplicidad de los episodios y decisiones concretas del Concilio, Rahner advierte “una cohesión interior esencial”, que se expresa en una tesis de fondo: “El Vaticano II ha sido germinalmente la primera autorrealización oficial de la Iglesia en cuanto Iglesia mundial”<sup>4</sup>. En el Concilio ha aparecido y ha entrado en función, por primera vez, una Iglesia que no es ya más la Iglesia del occidente con su expansión en los territorios americanos y sus exportaciones hacia Asia y África. El autor es bien consciente de que tal proceso se ha manifestado de modo

<sup>2</sup> “Gutachten vom 19. September 1962”, en Karl Rahner. *Sämtliche Werke. Band 21/1. Das Zweite Vatikanum*, Friburgo — Basilea — Viena, 2013, pp. 208-214, p. 210.

<sup>3</sup> “Theologische Grundinterpretation des II. Vatikanischen Konzils”, en id., *Schriften zur Theologie. Band 14. In Sorge um die Kirche*, Einsiedeln 1980, pp. 287-302. Texto completo traducido al castellano en <https://uahurtado.academia.edu/CarlosSchickendantz>

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 291, p. 288.

“muy germinal y tímido”, “de manera muy inicial”; además, constata, “existen movimientos en sentido contrario”<sup>5</sup>.

Rahner encuentra varios ejemplos para ofrecer. El más claro, a su juicio, es el cambio en el lenguaje de la liturgia como síntoma de una transformación más profunda: “El latín fue la lengua literaria común del área cultural occidental, precisamente en el campo profano, y por esto y no por otras razones fue la lengua de la Iglesia occidental en la liturgia, y lo ha seguido siendo con un cierto retraso”. De allí que afirme que el latín no podía “seguir siendo la lengua litúrgica de una Iglesia mundial, porque fue la lengua de un área cultural restringida y particular”. La incorporación de las lenguas maternas “señala de una manera elocuente el devenir de una Iglesia mundial, cuyas iglesias particulares existen de modo autárquico en la propia área cultural; están inculturadas y no son más una exportación europea”<sup>6</sup>.

En variados temas “se han puesto las premisas fundamentales” para alimentar este proceso, como, por ejemplo, el abandono del lenguaje de una teología neoescolástica, la doctrina del episcopado universal y su función en la Iglesia, el significado de las iglesias particulares, la valoración positiva de las grandes religiones mundiales, la afirmación de una voluntad salvífica universal eficaz, etc. “En breve: en el Concilio la Iglesia ha comenzado a obrar doctrinalmente *como* Iglesia mundial al menos en una medida germinal. Bajo el fenotipo de una Iglesia en gran medida europea y norteamericana, si podemos hablar así, comienza a hacerse perceptible el genotipo de una Iglesia mundial como tal”<sup>7</sup>.

Propone, entonces, una peculiar división en la historia de la Iglesia, sin negar ulteriores segmentaciones en su interior. Dicha división no tiene que ver con su extensión temporal ya que, afirma, “un período cronológicamente breve puede esconder en sí una gran época histórica”<sup>8</sup>.



### Con su “política de la identidad”, ¿fue Benedicto XVI el último papa de la época de la historia de la Iglesia que se cierra: el último “exportador”, en los términos de Rahner?

Sugiere la existencia de tres grandes épocas en la historia de la Iglesia. El primer período, breve, fue el del judeocristianismo. El segundo, el de la Iglesia existente en áreas culturales determinadas: del helenismo y de la civilización europea. El tercer período, que apenas ha comenzado y se ha manifestado a nivel oficial en el Vaticano II, es aquel en el cual, en principio, el espacio vital de la Iglesia es todo el mundo.

Ahora bien, estos tres períodos estarían divididos por dos “cesuras”, dos cortes; cada uno marca el inicio de un período *radicalmente nuevo* en la historia de la Iglesia. La primera cesura, luego de la “predicación en Israel y a Israel”, “introduce un cristianismo que no es exportación del cristianismo judaico en la diáspora, sino... un cristianismo crecido

en el terreno del paganismo como tal”. Ese proceso no constituyó algo teológicamente obvio, sino que fue el comienzo de un tiempo radicalmente nuevo. La segunda cesura o corte, que tiene en el Vaticano II “una especie de inicio oficial”, representa el paso, solo inicial y poco claro, de “una Iglesia occidental a una Iglesia mundial”<sup>9</sup>.

De allí que, según esta tesis, “vivimos hoy, nuevamente, en el tiempo de una cesura como aquella que se verificó en el paso del cristianismo judaico al cristianismo de los gentiles”<sup>10</sup>. Por tanto, no se observa ahora simplemente un crecimiento cuantitativo en relación a la Iglesia precedente, sino que comporta una cesura o corte teológico en la historia de la Iglesia —cesura todavía no reflexionada claramente— que casi solo puede ser comparada al paso del cristianismo judaico al cristianismo de los gentiles, al mundo greco-romano.

Se trata, para Rahner, de pensar el significado teológico y no solo el histórico-cultural de las “interrupciones” en dichas

<sup>5</sup> Ibid., p. 289.

<sup>6</sup> Ibid., p. 291.

<sup>7</sup> Ibid., p. 293.

<sup>8</sup> Ibid., p. 294.

<sup>9</sup> Ibid., pp. 296 y 297.

<sup>10</sup> Ibid., p. 297.

En los textos del Vaticano II está ya en ejercicio un principio de respeto a la alteridad. Se trata de una auténtica redefinición de la propia identidad, en buena medida guiada por el principio de alteridad, del reconocimiento del otro.

cesuras o cortes. Por ejemplo, las aboliciones —no previstas por Jesús— de la circuncisión y del sábado para los cristianos provenientes del paganismo, el desplazamiento del centro de la Iglesia de Jerusalén a Roma, las modificaciones profundas en la doctrina moral, el nacimiento y la adquisición de nuevas escrituras canónicas, etc. Estos cambios profundos no fueron el resultado de una planificación teológica, sino que tuvieron lugar de una manera irrefleja, y la diferencia entre la situación histórica del cristianismo judaico y la situación en la cual Pablo implantó el cristianismo introduciendo modificaciones profundas no es mayor —piensa Rahner— que la diferencia que puede haber entre la cultura occidental y las culturas de Asia y África en las cuales hoy el cristianismo debe inculturarse, si quiere llegar a ser realmente una Iglesia mundial<sup>11</sup>.

El hecho que unifica el tiempo de la Iglesia entre la primera y la reciente cesura o corte —o sea, el segundo período de la historia de la Iglesia, que ahora estaría concluyendo—, es que el cristianismo, opina Rahner, se presentó como un “producto de exportación occidental”. Por eso, probablemente, no logró tener éxito entre las grandes culturas del Oriente ni en el mundo del Islam; era un cristianismo occidental y *quiso establecerse como tal*, sin aventurar un nuevo inicio real interrumpiendo ciertas continuidades obvias, como demuestran varias cuestiones históricas: la exportación del latín del culto litúrgico a países donde la lengua latina no era una realidad histórica, la obviedad con que se quiso exportar el derecho romano occidental con el derecho canónico o aquella con la que se pretendió imponer hasta en los detalles la moral burguesa

del Occidente a hombres y mujeres de culturas extranjeras; imposiciones que, de hecho, representaron un rechazo de las experiencias ético-religiosas de otras culturas<sup>12</sup>.

A partir de este diagnóstico, Rahner percibe una tarea precisa para la Iglesia del posconcilio: “Las cosas están, por tanto, así: o la Iglesia ve y reconoce estas diferencias esenciales de las otras culturas, en el seno de las cuales debe llegar a ser Iglesia mundial, y de ese reconocimiento saca las consecuencias necesarias con audacia paulina, o bien permanece como una Iglesia occidental, a fin de cuentas traicionando de esta manera el sentido que ha tenido el Vaticano II”.

¿Cómo imaginar el perfil concreto de una Iglesia mundial? Se plantea una cuestión abierta que es de máxima importancia para la configuración concreta de la Iglesia y de difícil resolución: si la Iglesia en tales cesuras históricas “puede ejercer legítimamente posibilidades, de las cuales no ha hecho uso nunca durante el segundo gran período porque habría carecido de sentido en ese período y, por tanto, de legitimidad”<sup>13</sup>. Con esas “posibilidades” Rahner piensa, en concreto, en capacidades y poderes creativos referidos a decisiones fundamentales constitutivas de su esencia; por ejemplo, en la reconfiguración de los ministerios ordenados, transformaciones profundas análogas a las observadas más arriba, que ocurrieron en el paso del cristianismo judaico al cristianismo greco-romano.

### ¿EL FIN DE UN CRISTIANISMO DE EXPORTACIÓN?

No es posible mostrar aquí cómo en varios asuntos de primer relieve en los

textos del Vaticano II está ya en ejercicio un principio de respeto a la alteridad, que invita a un formidable reposicionamiento de la Iglesia frente a los más distintos interlocutores, ante todo, al interior de la propia Iglesia católica —piénsese, por ejemplo, en la revalorización de los carismas que otorga una base teológica importante a cada historia concreta y a cada biografía— y también de cara a las otras confesiones cristianas, a las otras tradiciones religiosas y en referencia a todos los hombres y mujeres del mundo moderno. Se trata de una auténtica redefinición de la propia identidad, en buena medida guiada por el principio de alteridad, del reconocimiento del otro. Si se releen con tranquilidad muchas páginas conciliares, puede advertirse con claridad el cambio de rumbo oficial milenarista que está ahora —tímidamente— en ejecución; formulas hace cincuenta años no representaban de ninguna manera una obviedad. Se esbozaron allí, nítidamente, pasos en una nueva dirección: *de exportadores de un determinado modelo cultural de cristianismo a custodios de la alteridad del otro, de su forma de vida y cultura*. Las más variadas diferencias no son ya caracterizadas como una amenaza, tampoco solo toleradas, sino más bien percibidas como un enriquecimiento de la propia identidad; más aún, como una vía imprescindible en el camino hacia la propia identidad.

### TODO, CASI TODO, ES TODAVÍA LETRA

La perspectiva de análisis abierta particularmente por Rahner tiene múltiples ventajas: (a) ofrece una mirada de largo plazo que permite entender más en profundidad el apasionante momento que vive nuestra generación en el marco de la bimilenaria historia de la Iglesia; (b) ayuda a comprender algunas de nuestras fascinantes tareas y desafíos, particularmente en el plano intercultural e interreligioso; (c) también desnuda algunos

<sup>11</sup> Cf. *ibid.*, p. 297.

<sup>12</sup> Cf. *ibid.*, p. 298.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 298-299.

frenos o retrocesos vividos en los años recientes marcados por un renovado y decidido intento de re-europeización de la Iglesia y, simultáneamente, deja a la luz una posible clave de interpretación acerca del significado de un obispo de Roma que proviene, por primera vez en la historia, del sur del mundo. Con su “política de la identidad”<sup>14</sup>, ¿fue Benedicto XVI el último papa de la época de la historia de la Iglesia que se cierra: el último “exportador”, en los términos de Rahner? Si es así, ¿podría ser considerada su renuncia como el acto más relevante de su pontificado con un significado teológico-epocal?

La perspectiva de análisis ensayada muestra también, (d) hasta qué punto, gracias al Vaticano II, la Iglesia ha hecho

suyo un paradigma central y esperanza-dador de nuestra posmodernidad: la afirmación de la irreductible dignidad del otro —personas, culturas, religiones—, el principio del reconocimiento del otro en su alteridad, de la riqueza única de su identidad.

Finalmente, (e) el contraste con el desconcierto y la frustración al inicio del Concilio muestra que, en determinados momentos y bajo determinadas condiciones, se producen saltos cualitativos en la historia de la Iglesia, donde parece que ella va más allá de lo que podía prudentemente esperarse.

Pero, como dijo Rahner en una conferencia en Munich, cuatro días después de finalizado el Concilio, el 12 de diciembre de 1965, el Vaticano II que “ha pues-

No se observa ahora simplemente un crecimiento cuantitativo en relación a la Iglesia precedente, sino que un corte teológico en la historia de la Iglesia que casi solo puede ser comparado al paso del cristianismo judaico al cristianismo de los gentiles, al mundo greco-romano.

to las bases para el *aggiornamento*... es el comienzo del comienzo. Y esto no es poco. De todos modos, es solo el comienzo del comienzo. Todo, casi todo, es todavía letra”<sup>15</sup>. MSJ

<sup>14</sup> Cf. J. Allen, *The Future Church. How Ten Trends are Revolutionizing the Catholic Church*, Nueva York, 2009, p. 55.

<sup>15</sup> “Das Konzil — Ein neuer Beginn”, en *Karl Rahner. Sämtliche Werke. Band 21/2. Das Zweite Vatikanum*, Friburgo — Basilea — Viena, 2013, pp. 775-786, p. 779.



**Mariela Gutiérrez**  
Tercero básico  
Colegio Cardenal José María Caro  
La Pintana

**CREO,  
ME MUEVO**

PORQUE CREEMOS QUE TODOS LOS NIÑOS PUEDEN APRENDER,  
TRABAJAMOS CADA DÍA POR DARLES MÁS Y MEJORES OPORTUNIDADES.



12 COLEGIOS - 8 COMUNAS EN 2 REGIONES - 13.289 ALUMNOS - 820 PROFESORES / [www.beleneduca.cl](http://www.beleneduca.cl)